

ción, como refleja la construcción de la casa de los Jovellanos en la villa gijonesa. Además habían construido una capilla funeraria familiar dentro de la única iglesia parroquial de la villa, la de San Pedro, donde los titulares de la casa tenían privilegio de silla y sepultura.

Todas estas formas de expresión evidenciaban el prestigio de los Jovellanos, familia que, a pesar de no conseguir un título nobiliario de la corona, fue una de las casas nobiliarias asturianas que más prestigio e influencia tuvieron durante la Edad Moderna, sobre todo en Gijón; no cabe duda de que influyó mucho el prestigio intelectual de nuestro ilustrado y sus desvelos por Gijón y Asturias.

durante la Edad Moderna. En gran medida por esto, los Jovellanos se convirtieron en una de las familias más destacadas y prestigiosas de la villa.

Aproximación al Jovellanos lector

MARÍA DOLORES GIMENO PUYOL

Universitat Rovira i Virgili

La faceta lectora de Gaspar Melchor de Jovellanos, que poseyó varias bibliotecas, ha interesado desde siempre a la crítica.¹ Sus lecturas afloran en la obra personal en citas y referencias eruditas o influencias asimiladas y él las declara en la correspondencia o en sus *Diarios* como parte importante de la vida cotidiana.

Los diarios permiten, además, reconstruir la práctica lectora, que para Roger Chartier se encarna en gestos, espacios y hábitos y produce significaciones diferenciadas.² Los que Jovellanos redactó en Gijón con regularidad, del 10 de noviembre de 1793 al 14 de octubre de 1797, revelan un orden de las lecturas, retratando al lector que fue y su canon personal en la edad madura.³ Ahí menciona los espacios, repartidos entre la casa familiar, los paseos en sus alrededores y los viajes por la región y el norte de España.⁴ A veces concreta las estancias: el cuarto de la torre en verano y la pieza de la chimenea en invierno, o si lectura sigue en la cama; también alude a otros momentos como el baño, donde él

¹ Sobre su biblioteca sevillana, v. AGUILAR PIÑAL, Francisco. *La biblioteca de Jovellanos: 1778*. Madrid: CSIC, 1984. La aumentó en Madrid y pasó al Instituto Asturiano (CASO GONZÁLEZ, José Miguel. *Jovellanos*. 1.ª ed., 1998. Barcelona: Ariel, 2002, pág. 108) junto a otros manuscritos y libros (SOMOZA, Julio. *Catálogo de manuscritos e impresos notables del Instituto de Jove-Llanos en Gijón*. Oviedo: Impr. de Vicente Brid, 1883). En la prisión de Mallorca adquirió libros, sorteando la prohibición de tenerlos (CLÉMENT, Jean-Pierre. *Las lecturas de Jovellanos. Ensayo de reconstitución de su biblioteca*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1990, pág. 8). Tuvo otra en Sevilla cuando fue vocal de la Junta Central y la que llevaba al partir a Gijón en noviembre de 1811 (SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel. Gaspar Melchor de Jovellanos, un paradigma de lectura ilustrada. En *El libro ilustrado. Jovellanos lector y educador*. Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1994, págs. 40-43).

² CHARTIER, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa, 1996, págs. 24-25.

³ JOVELLANOS, G. M. de. *Obras completas*, t. VI, *Diario*, 1.º, ed. de José Miguel Caso González y Javier González Santos. Oviedo: Ayuntamiento de Gijón, Instituto Feijoo, 1994; t. VII, *Diario*, 2.º, ed. de María Teresa Caso Machicado y Javier González Santos. Oviedo: Ayuntamiento de Gijón, Instituto Feijoo, 1999; y t. VIII, *Diario*, 3.º, ed. de María Teresa Caso Machicado y Javier González Santos. Oviedo: Ayuntamiento de Gijón, Instituto Feijoo, 2011. Los diarios fueron escritos de agosto de 1790 a marzo de 1810; interrumpidos durante el ministerio madrileño de 1797-1798, fueron continuados luego con muchas intermitencias.

⁴ Sobre espacios y prácticas lectoras véanse los sugestivos análisis de Sánchez Espinosa («Jovellanos, un paradigma...», o. cit., págs. 46-50) y Elena de Lorenzo Álvarez («Jovellanos: el gabinete de un ilustrado», en *La luz de Jovellanos*, coord. de Joaquín Ocampo Suárez-Valdés, s. l., Gijón, Ayuntamiento de Gijón, AC/E, IFES.XVIII, Cajastur, 2011, págs. 114 y ss.)

mismo lee el *Quijote* a su hermano, o su *toilette*: «Hace días que leo, mientras me peinan, el *Risorgimento*, del ex jesuita Bettinelli» (oc, t. VII, pág. 451). Sus gestos lectores se vislumbran en el retrato ante su escritorio madrileño por Goya en 1798, pensativo y rodeado de textos. Y algunos hábitos, en el lema «De don Gaspar de Jove-Llanos y sus amigos», que apuntaba bajo su ex libris, también de Goya, signo de la actitud del ilustrado que intercambia ideas y libros.

La lectura se incluye en una distribución del tiempo más o menos organizada. Las matutinas son poco frecuentes, ocupado don Gaspar en asuntos domésticos como el despacho del correo, visitas que recibe o realiza y las cuestiones del Instituto Asturiano. Las tardes suelen incluir un paseo, como el retratado por Goya en 1783 ante el Arenal de San Lorenzo, que solía aprovechar para leer. Por la noche acoge una tertulia de habituales, que consistía en partida de naipes, conversación y lectura; esta es oral y pública a cargo del secretario Acebedo —o su hermano Pachín—, y menor cuanto más concurrida: «es muy concurrida la tertulia. Poca lectura por lo mismo» (oc, t. VI, pág. 562). A veces se prolonga en torno a su cama: «La tertulia alrededor de mi cama: toda conversación sin partida ni lectura; al fin continuó Acebedo la de *Gil Blas*» (oc, t. VII, pág. 494). Poco dice el diarista del entorno material ni de los comentarios de los tertulianos, a quienes a veces se les unen visitantes ilustrados, aunque podemos imaginarlos frente a una mesa, unos escuchando al lector, otros no: «Partida de mediator; durante ella lectura en Bruce» (ibídem, pág. 532), como en la tertulia real sueca de Hilleström, o más relajados en muebles confortables de un siglo en que la lectura en grupo era un distintivo de las élites.⁵

Cuando viajaba, la lectura privada se resentía, según consignaba —«ninguna lectura» (ibídem, pág. 608)—, pero llevaba algunos libros: las *Heroidas* de Ovidio en el viaje 17.º, Necker en Oviedo en 1796, o los *Viajes* de Cook en los trayectos asturianos de 1797. Y agradecía la información de las gacetas en lugares remotos: «Leímos la *Gaceta* al despertar. Déjala aquí el correo que pasa de León a Oviedo, y se saben antes las noticias públicas» (oc, t. VI, pág. 489).

Las obras en otros idiomas fueron sobre todo lecturas individuales y mentales, en su cuarto o mientras paseaba, y las prefirió a la versión traducida. Algunas se deducen de sus problemas de vista, como el *Essay concerning Human Understanding* de Locke: «no sé si podré continuarla con luz artificial, porque la letra es algo pequeña; veremos» (oc, t. VII, pág. 80). El *Gil Blas* de Santillana y el *Telémaco* de Fénelon los leyó Acebedo en traducción simultánea ante unos tertulianos menos políglotos que él, tal vez en la lectura dramatizada que convenía a ambas narraciones. Se trata de una lectura regular, cuyo orden de realización apunta y a veces sus impedimentos: «No me atrevo a leer todavía; la tos

⁵ Pehr Hilleström: «Conversación con el rey Gustavo III de Suecia en el Palacio de Drottningholm» (1779); más similar al ambiente de la casa solariega de los Jovellanos podría resultar el retratado por Jean-François de Troy en «La lectura de Molière» (c. 1728). Véase CHARTIER, Roger. Del lado de las élites: leer en sociedad. En *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza, 1993, págs. 169-171.

en su pie. Acebedo lee en Smith» (ibídem, pág. 560). Aunque no comenta diferencias entre la oral compartida y la mental o silente.

De una manera u otra leía casi a diario dos o tres obras simultáneas de temas y géneros diversos, abordadas de manera lineal, es decir, de principio a fin, junto a clásicos u otras de referencia de consulta esporádica. Como otros contemporáneos suyos, tomaba notas a la vez, según afirma en sus *Diarios*. Estos se convierten en un catálogo anotado, ya que apunta los títulos leídos —traducidos y abreviados— y una mención a su comienzo, etapas y acabamiento; y también incluye sus propias observaciones en forma de cortas y ocasionales fichas de lectura, donde menciona pasajes, compara autores y obras, critica y destaca el dato útil, junto a una valoración final si conviene. Sus libros particulares contenían «breves notas marginales» y una ficha manuscrita, otra muestra de una lectura activa.⁶

Sus intereses eran enciclopédicos como la época. Pidió la licencia para leer libros prohibidos, según costumbre, pero no se censuró ante títulos excluidos de ese permiso como la *Justicia política* de Godwin y las *Rêveries du promeneur solitaire* de Rousseau, nombre que anotó precavido como «JJ» y leyó paseando solitario. En la época gijonesa era un adulto cultivado, cuya bibliofilia inició en el fecundo ambiente de la Sevilla de Olavide, donde conoció libros extranjeros y reunió su primera biblioteca.⁷ Estaba dedicado a la empresa del Instituto Asturiano, preparaba diversas publicaciones y mantenía relación personal o epistolar con un selecto círculo de amigos, quienes le enviaban obras propias o ajenas, a la vez que adquiriría otras por diversos medios. Por sus temas o géneros se pueden considerar tres grupos de lecturas en ese tiempo: documentales, de historia antigua y contemporánea y literatura de creación. Respondían a intenciones concretas, desde documentar sus propios proyectos o encargos específicos a obtener información y placer individual. Es decir, realizaba una lectura «moderna» o informativa, extensiva, polihistórica y enciclopédica que, según Wittmann, practicaban las élites europeas desde mediados del siglo XVII.⁸

Lecturas documentales

Son los textos que Jovellanos consulta para sus diversos proyectos de tipo reformista o divulgativo: el *Informe en el expediente de la Ley Agraria*, la *Memoria sobre*

⁶ Apuntaba la fecha y ciudad donde se hallaba, el origen o estimación, y preferentemente en latín, según indica Bonifacio Chamorro («Breve historia de la biblioteca de Jovellanos». *Bibliografía Hispánica*, 1944, XI, pág. 28).

⁷ Caso González (*Jovellanos*, o. cit., págs. 55-56) consigna el 9 de agosto de 1771 como fecha de obtención por Jovellanos de la licencia para leer libros prohibidos y nota la abundancia de ellos en su biblioteca sevillana.

⁸ WITTMANN, Reinhard. ¿Hubo una revolución de la lectura a finales del siglo XVIII? En *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dir. de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier. Madrid: Taurus, 1997, pág. 447.

los espectáculos y las diversiones públicas, los discursos para el Instituto, las *Cartas del viaje de Asturias* y un *Viaje artístico*.⁹

Algunos los revisa en los archivos y bibliotecas visitados en sus viajes de 1790 a 1797. Examina asimismo libros de historia local, que extracta y reelabora, como las *Memorias históricas del Principado de Asturias y obispado de Oviedo* de su amigo González de Posada: «se van anotando para hacer sobre ellas observaciones» (OC, t. VII, pág. 80), o los tomos sobre la Iglesia ovetense de la *España sagrada* de Manuel Risco.¹⁰ Procede con criterio filológico, ya que rectifica dataciones a partir del estilo y el cotejo con otros textos, según hace con dos cronicones apócrifos incluidos en la *Historia de Sabagún* de fray Romualdo Escalona, y porque compara y realiza deducciones eruditas; por ejemplo, supone que las «noticias muy curiosas» de la *Introducción a los derroteros y publicación de las cartas hidrográficas de España* de Vargas Ponce proceden del material de archivo extractado por Juan Bautista Muñoz (OC, t. VI, pág. 616),¹¹ o los *Apuntamientos* sobre el arte toledano de Pérez Sedano son «ricos y exactos, escritos como por notas al *Viage* de Ponz; otro tesoro para mi querido Ceán», para cuyo *Diccionario* recababa material (OC, t. VII, pág. 415). Es un investigador concienzudo y prepara artículos sobre «Oviedo» y «Gijón» para la *Enciclopedia española*, traducción de la francesa, leyendo el de José Cornide sobre «Ferrol» y el *Prospecto* de la obra.

La historia local quedaba enmarcada por la de España, lectura habitual en su tertulia ilustrada. Estaba al día de obras reputadas como la *Historia general de España* del jesuita Mariana y de las novedades: el *Compendio de la historia de España* de José Ortiz, las *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes...* de Antonio de Capmany y la *Historia crítica de España* de Masdeu.¹² Consideraba el género desde presupuestos renovadores y reformistas, por lo que exigía el rigor documental y la independencia intelectual, sin prejuicios religiosos y usos espurios, que criticó en esa última obra a propósito del voto de Santiago:

concluyente, en cuanto a la falsedad del diploma, pero se abre de piernas y confiesa el derecho de percepción. [...]. Al historiador tocan los hechos: el derecho a los jueces.

⁹ El *Viaje* proyectado correspondía al efectuado de abril a julio de 1795 (véase OC, t. VII, pág. 332, n. 428).

¹⁰ Son el tomo XXXVIII: «tan pesado como Flórez» (OC, t. VI, pág. 562); t. XXXVII: «para sacar apuntamientos acerca de la ciudad y iglesia de Oviedo» (OC, t. VII, pág. 33), y t. XXIX, regalo del autor. De este leyó sucesivamente entre julio y agosto de 1794 la *Historia de la ciudad y corte de León y de sus reyes*, e *Iglesia de León y monasterios antiguos y modernos de la misma ciudad* (véase OC, t. VI, pág. 617, n. 399, y pág. 624, n. 429).

¹¹ De Vargas Ponce valoró la *Descripción de las islas Pithiusas y Baleares* como «obra de grandísimo mérito» (OC, t. VI, pág. 596) y destacó: «Es completísima la de Ibiza, y bien escrita» (ibídem, pág. 594).

¹² La primera edición de Mariana de 1699 se reeditó en 1785-1796. De las *Memorias* de Capmany (1779-1792) Jovellanos deja un apunte disconforme «sobre la invención de la brújula y origen de las bubas; nada añade y aun toma el peor partido» (OC, t. VII, pág. 531); las simultaneó con Hervás y Panduro, *Historia de la vida del hombre*. De la *Historia crítica de España* de Masdeu (1785-1805) lee los vols. XII, XIII y XIV (OC, t. VIII, pág. 268).

[...] se acercan los tiempos en que no valdrán tales temperamentos en favor de la usurpación y la mentira, y en que la opinión pública castigará al historiador que no rindiere obsequio a la verdad e imparcialidad, que debe preferir a cualquier respecto de falsa piedad [OC, t. VIII, pág. 271].

Además, el género debía apuntar a lo esencial, por lo que reprueba la *Historia de América* de Muñoz, «obra muy desigual en el estilo; algo detenido en menudencias» (OC, t. VII, pág. 395), de la que apunta erratas.

Jovellanos también leyó crónicas medievales, a menudo en serie. En marzo de 1794, por este orden, el *Centón epistolar* de Fernán Gómez de Cibdarreal, las *Generaciones* de Fernán Pérez de Guzmán, «que es obra admirable» (OC, t. VI, pág. 557), y de Hernando del Pulgar los *Claros varones* y las *Cartas*, «que son muy graciosas y interesantes» (ibídem, pág. 559).¹³ Dado que son lecturas placenteras, las relee, y piensa en investigaciones a partir de ellas como la del incendio de Gijón relatado por la *Crónica de don Pero Nuño*. Formaban parte junto al *Malleus malleficarum*, el *Calila e Dymna* y la *Historia de los trovadores*, leída en Trillo en 1798, de un universo medieval que permitía reconstruir los orígenes de la historia patria, según dice del último título: «muy curiosa para los aficionados a conocer el gusto, la cultura, los usos y costumbres de la Media Edad»; «entre tanto inútil, este libro contiene para nosotros muchas cosas dignas de extractarse» (OC, t. VIII, págs. 227 y 245).¹⁴

A la vez que el pasado, Jovellanos se interesaba por textos jurídicos y económicos actuales, necesarios para los informes que elaboraba, aunque fuesen farragosos, como la *Carta del P. Burriel a D. Juan de Amaya*.¹⁵ Eran obras que conocía por la prensa o recibía de sus amigos ilustrados y se comentaban en la tertulia, como el nuevo *Censo* español y las *Ordenanzas de correos*, o en la correspondencia con aquellos. Las comparaba con sus propias ideas, desarrolladas en el *Informe sobre la Ley Agraria*, que revisó en la primavera de 1794; y destacaba su contenido y formulación unidos. La tercera de las *Cartas sobre los estorbos de la agricultura* de Cabarrús «sobre la libertad de comercio: es admirable y llena de excelentes máximas y sublimes trozos de elocuencia» (OC, t. VII, pág. 443), y la *Ordenanza de montes* enviada por el padre Manuel Gil, «bien escrita, sobre los buenos principios; bien desenvueltos y establecidos; con todo, algo hay en ella de reglamentos, y esto sobra; [...] mi sistema es más sencillo» (ibídem,

¹³ Debíó de leer la edición de la Imprenta Real de la *Gazeta* (1775), que contenía todos esos títulos en el orden referido (OC, t. VI, pág. 553, n. 202). En diciembre de 1796 lee de nuevo en serie varias crónicas que iban en el mismo volumen: las anteriores más la de don Álvaro de Luna, el *Paso honroso* de Suero de Quiñones y la del conde de Buena.

¹⁴ Clément (*Las lecturas de Jovellanos...*, o. cit., núm. 298) la identifica como la *Histoire littéraire des troubadours*, ed. del abate Millot de los apuntes de Jean-Baptiste La Curne de Sainte-Palaye, prohibida incluso para quienes tenían licencia inquisitorial.

¹⁵ Trataba de la historia del derecho español y Jovellanos había realizado su censura para la RAH (véase OC, t. VI, pág. 601, n. 348, y pág. 613: «que al fin es pesadísima»).

pág. 411). Pero defensor de la justicia social, desaprobó la «nueva legislación pecuaria» de la Mesta, publicada en el *Mercurio*: «antes, las Justicias ofrecían un freno a los abusos; ahora, ejerciendo una jurisdicción privilegiada, oprimirán a los pueblos» (ibídem, pág. 617). En cuanto a obras fundamentales europeas, Alexander Jardine fue su suministrador y leyó muchas de ellas en 1796, interesado en aplicarlas. De la *Vida de Turgot* de Condorcet hizo «apuntamientos», «Algún trabajo» (ibídem, págs. 554 y 557), y pensó traducir la *Declinación y caída del sistema fiscal de Inglaterra* de Thomas Paine, persuadido de su utilidad en el momento: «horroriza considerar el estado en que supone el crédito inglés y las consecuencias que puede traer su ruina» (ibídem, pág. 548). Estaba convencido del valor superior de la economía porque afectaba a todos los ámbitos de la vida, según plasmaba Necker: «está sublime sobre la guerra, como filósofo y como economista» (ibídem, pág. 541),¹⁶ y se admiraba con sus razonamientos impecables y los de Adam Smith, a quien releyó cuatro veces: «¡qué admirable cuando analiza!», «¡cómo prueba las ventajas del comercio libre con las colonias!» (ibídem, págs. 545 y 561). Con todo ello había desarrollado un certero juicio que le llevó a deducir la autoría de obras anónimas como el *Ensayo sobre el derecho de propiedad territorial* de William Ogilvie.¹⁷

Asimismo, estuvo al día de los avances científicos europeos, consciente de su valor para el progreso material, y los compartió con una red transmisora cercana, en que el cura agricultor de San Julián de Box le recomienda los *Elementos de ciencias naturales* de Chavaneau y él, a su vez, a Casado de Torres; o un amigo le envía una memoria «excelente» de su paisano Díaz Valdés sobre la *Importancia del estudio de las ciencias naturales en los párrocos, y bienes que pueden hacer* (oc, t. VI, pág. 592). Eran obras útiles si usaban la claridad y el método adecuados; por ejemplo, el *Curso de aritmética y geometría* de Diego de Sierra, «recomendable por la perspicuidad del estilo y del método con que están dadas las verdades elementales» (oc, t. VII, pág. 334). O si repetían datos empíricos, según hacía el *Semanario de Agricultura*, al que estaba suscrito, en detrimento de la variedad que algunos reclamaban «como si en tales obras se aspirase a la originalidad, y como si no conviniese repetir una y mil veces lo provechoso y lo bello» (ibídem, pág. 692). Se leían en voz alta y comentaban en su tertulia, como afirma de los *Elementos de química y historia natural* de Fourcroix y los *Anales de química* de Proust, «mal traducidos» los primeros y «excelentes» los segundos (oc, t. VI, pág. 543); allí recibieron al matemático Pedrayes y en abril de 1794 al científico Benito Bails. Un mes antes habían llegado las obras de este al Instituto Asturiano, cuya biblioteca surtió Jovellanos con títulos esenciales: Buffon, el *Diccionario de historia natural* de Valmont de Bomaré así como la *Enciclopedia britá-*

¹⁶ Se leyó y comentó en la tertulia en su ed. francesa: *De l'Administration et de les finances de la France*. [París:] 1784, 3 vols.

¹⁷ Véase oc, t. VII, pág. 82; lo relaciona con otra carta suya también anónima que había traducido meses antes y enviado a Jardine (oc, t. VI, pág. 580).

nica, que consultó con intención práctica.¹⁸ Llegó incluso a maravillarse con las novedades demostrables de las ciencias, como la *Memoria* del astrónomo Herschell, que inspiró su *Epístola VIII*: «conjetura que el sol no es cuerpo luminoso sino opaco [...]. Raro descubrimiento y admirable si llegare a demostración. ¡Qué novedades no anuncia en el estudio de la historia natural del cielo!» (oc, t. VII, pág. 555).

Las adquisiciones del Instituto, que solía revisar en persona,¹⁹ tenían relación con las disciplinas que se impartían; por ejemplo, la gramática general:²⁰ «El Blair y Condillac serán mis guías. La *Gramática* de la Academia y el Garcés, mis auxilios; pero me falta gente con quien hablar para desenvolver mis propias ideas» (oc, t. VI, pág. 526-527). El famoso *Curso de estudios* de Condillac, que contenía una gramática, lo fue extractando con ese propósito, esporádicamente, durante meses. Tal vez por lo mismo revisó de forma selectiva el artículo «Gramática» de la *Enciclopedia británica*: «es preciso extractar lo escogido y dejar muchas cosas inútiles y aun extravagantes» (oc, t. VII, pág. 532).

En el terreno filológico sus intereses eran variados y tenaces, como prueba que leyera de cabo a rabo los dos volúmenes que le regalaron del *Diccionario vascongado* del padre Larramendi, «machaconísimo y vizcainísimo» (oc, t. VI, pág. 598), aunque destaca su prólogo: «su erudición parece original, como su lengua» (ibídem, pág. 597). Él mismo recogió cédulas para un *Diccionario etimológico* asturiano, con «esperanzas de hacer algo bueno si hay auxilio» (oc, t. VIII, pág. 301), y se documentó para ello con la *Historia de la lengua latina* de Funcio y la *Gramática general* de Courb de Gebelin, «pesada, pero llena de cosas excelentes» (ibídem). Otras lecturas lingüísticas fueron un *Proyecto de alfabeto real o general*, la *Mecánica de las lenguas* de De Brosses, unas *Cartas sobre el arte de enseñar a hablar a los mudos* y la *Jornada de los coches de Alcalá* de Luis de Salazar y Castro, una de las pocas obras que abandonó aunque la reputó útil para documentar la fundación de la Real Academia Española.²¹

En un plano más global, busca apoyos teóricos para su proyecto pedagógico, confiando en el progreso mediante la educación, y los selecciona: «lectura en el *Proyecto sobre la educación pública*; no hallo cosa que aplicar» (oc, t. VII, pág. 362) y una *Instrucción de la niñez*, «que es cosa bien ruin» (ibídem, pág. 684). Aprueba

¹⁸ Jovellanos examinó los artículos sobre la corteza de alcornoque y la fabricación de sidra de los dos últimos títulos y los «*wolfiam, pyrites*» (oc, t. VII, pág. 5) de la *Británica*. Sobre la biblioteca, véase DOMERGUE, Lucienne. *Les démêlés de Jovellanos avec l'Inquisition et la bibliothèque de l'Instituto*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 1971.

¹⁹ Es el caso de obras de arte: «A casa, a examinar las obras de Palomino, García y Arfe, que trajo Pérez. El tomo del primero, inútil; el segundo tiene cosas dignas de extractar. La obra de García, buena y muy útil. La de Arfe es más conocida. Todas convendrán al Instituto» (oc, t. VI, pág. 530). Pero también la *Historia de América* de Muñoz así como el *Teatro crítico universal* de Feijoo.

²⁰ Jovellanos impartió dicha clase un mes, del 14 de enero al 19 de febrero de 1794, hasta la llegada de Lesparadat.

²¹ Era una respuesta resentida del autor por no haber sido propuesto académico fundador: «obra pesadísima, aunque no sin alguna gracia y erudición» (oc, t. VII, págs. 3-4).

el *Tratado* de Condorcet sobre instrucción pública, que consulta para un informe solicitado en 1797 por Godoy y relee de vez en cuando: «cosas muy nuevas y sensatas sobre la instrucción pública, entre paradojas y sueños; tal me parece la mejora de la especie humana en el sentido que le da» (OC, t. VIII, pág. 112). Y encuentra hallazgos como el *Tratado de las obligaciones del hombre* de Escoiquiz, «harto mejor libro que el *catón* para la escuela» (OC, t. VII, pág. 681), o «la obrita de la *Marquesa de Lambert a sus hijos*: es un libro de oro, lleno de excelentes máximas de educación» (ibídem, pág. 740). También apreció el *Emilio* de Rousseau, según se desprende del juicio de sus *Cartas*: «apenas hay cuatro dignas del autor del *Emilio*» (ibídem, pág. 25).

Las obras filosóficas, que lee atento a sus ideas, estilo y utilidad, completaban sus amplios intereses. Muestra su desacuerdo con los *Elementos de la filosofía* de D'Alembert y su opinión sobre el gusto: «algunas buenas reflexiones pero sin unión» (ibídem, pág. 743); destaca el prólogo «interesante» del *Curso filosófico* de Eximeno (ibídem, pág. 692), y advierte «cosas dignas de extracto» (OC, t. VIII, pág. 289) en *La Solitude considérée relativement à l'esprit et au cœur* del rousseauiano Zimmerman, entre otros títulos.²²

Historia antigua y mundo contemporáneo

Desde su retiro en Gijón, Jovellanos estaba bien informado de la actualidad exterior mediante diversas publicaciones. A la vez, recibía novedades anglosajonas sobre la Grecia y Roma antiguas, un tema predilecto, cuyo valor universal trasciende épocas y pueblos. Las lee con cierto orden; de febrero de 1794 a julio de 1797 según sigue: la caída de Roma de Gibbon, la *Vida de Cicerón* de Middleton traducida por Azara y las historias de Grecia de Gillies y de Young.²³ En Gibbon apunta datos útiles, como la «historia del comercio de la seda» en época de Justiniano (OC, t. VI, pág. 599), una «bella descripción del fuego griego» (OC, t. VII, pág. 57) y sucesos bien contados: «excelente historia de las Cruzadas» (ibídem, pág. 71). Es una historia moderna, basada en la interpretación, que compara con la del presente convulso: «lectura en Gibbon y en Jardine. El primero es preocupado contra la religión, y se descubre su pro-

²² Son las *Instituciones de filosofía y matemática* de Eximeno, la *Pública felicidad* de Muratori, el *Ensayo de filosofía moral* de Maupertius y el citado Locke.

²³ Edward Gibbon, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (1783-1790), 12 vols., lectura de tertulia de febrero de 1794 al febrero siguiente. Entretanto, lee crónicas medievales españolas y la citada *Vida de Cicerón*, leída por Acebedo del 18 de marzo al 26 de abril de 1794, a menudo en su cuarto y simultánea con Risco. John Gillies, *The History of Ancient Greece...* (1787), lectura individual de septiembre de 1795 a finales del febrero siguiente. William Young, *The History of Athens, politically and philosophically considered* (1786), que empieza Acebedo en mayo de 1796, interrumpe y reemprende en diciembre. Menciona en julio de 1797 el *Viaje de Anacharsis* del abate Barthélemy, relato itinerante por la antigua Grecia.

pósito de seducir; el último solo la considera bajo vistas políticas: es más humano, más juicioso, menos elocuente» (OC, t. VI, pág. 541).²⁴ Le interesa la historia civil o «política» como la de Young, oportuna «en la mayor parte su doctrina, singularmente visto el rumbo que van tomando ya en todas partes las ideas políticas» (OC, t. VII, pág. 635) y admirable ilustración de actitudes humanas: «¡Qué talento, qué ambición y qué perfidia la de Felipe, padre de Alejandro! ¡Qué degeneración la de las célebres repúblicas de Esparta y Atenas! ¡Qué corrupción la de sus oradores! Apenas Demóstenes se libra de alguna nota!» (ibídem, pág. 509). La aprecia porque ofrece una visión global del mundo, conectada con la literatura y la filosofía, como hace Gillies: «A pasear al río Piles con el Gillies: bella descripción del origen y progresos de la poesía griega; mejor descripción analítica de la de Píndaro» (ibídem, pág. 447), «acabado el cuarto tomo y la obra; aún repasaré la "Historia de la filosofía", cuyos extractos son excelentes» (ibídem, pág. 519), y también Young: «sobre Sócrates y la filosofía, lo mejor de su obra» (ibídem, pág. 572).

La historia contiene asimismo narraciones de sucesos reales, de las que Jovellanos gusta, según revelan sus calificativos o resúmenes, ya sean personajes y eventos épicos: «los hechos del formidable Atila» (OC, t. VI, pág. 577); la «conquista de Siria por [...] el fiero Caled» (OC, t. VII, pág. 53) que describe Gibbon; o conmovedores pasajes trágicos: «por la noche, en mi cuarto, se acaba el libro XI de la *Vida de Cicerón* y la relación de su infanda muerte, que verdaderamente entenece y horroriza» (OC, t. VI, pág. 574). Encuentra episodios que ya sabe y anticipa —«por fin muere Constantino Paleólogo y conquista de Mahometo II» (OC, t. VII, pág. 78)—, pero vuelve a ellos por la manera de contarlos. Destaca la información y su claridad expositiva: de la vida de Cicerón la «vuelta del destierro magníficamente descrita» (OC, t. VI, pág. 564), o Gillies, que «expone admirablemente el estado de Grecia antes y después de la guerra de Troya» (OC, t. VII, pág. 443), donde reconoce otros hechos sabidos: «Lectura deliciosa en Gillies, de la famosa inmortal defensa del paso de Termópilas y batallas navales de Artemisia y Salamina, grandemente escritas» (ibídem, pág. 452). Por eso Young le gusta menos: «tiene cosas buenas, pero ¡qué confuso y afectado!» (ibídem, pág. 546). Además, imagina desarrollos literarios de la historia, manantial para autores como él, que escribió el *Pelayo*: «Por la noche lectura en Gillies: conjuración de Tebas contra la opresión de Esparta. ¡Excelente acción para una tragedia de hombres solos! Si tuviese tiempo y espíritu, la emprendería» (ibídem, pág. 491).

Alterna esos ensayos históricos con los clásicos, que ya conocía. El *Tácito* en español,²⁵ un infolio que empieza Acebedo en su cuarto, le parece «demasiado

²⁴ Son las *Letters from Barbary, France, Spain, Portugal, etc., by an English Officer* (Londres: T. Cadell, 1790, 2 vols.) de Alexander Jardine, lectura paralela a Gibbon.

²⁵ *Tácito español, ilustrado con aforismos*, trad. de Baltasar Álamos de Barrientos. Madrid: Luis Sánchez y Iuan Hafrey, 1614. Era la primera traducción editada en España, compendio que Jovellanos lee por este orden: *Anales, Historias, Sobre el origen y costumbres germánicas, Vida de Agrícola*.

literal [...], participa de la obscuridad del original» (ibídem, pág. 577), aunque le va ganando la materia: «Convendría reimprimirla, llenando los trozos perdidos con hechos tomados de Suetonio y de la *Historia Augusta*; es libro que merece andar en las manos de todos y enseña mucho; pero ¡cuánto dista del incomparable original!» (ibídem, pág. 593). Piensa, pues, en difundirlos por su carácter didáctico, mejorados. Destaca sus valores literarios y los aborda con la misma emoción lectora que los textos anglosajones, según se ve en los episodios de muerte citados: «las muertes de Germánico y ruina de su acusador Pisón, todo por las artes del cruel Tiberio» (oc, t. VI, pág. 578), «la horrenda muerte de Octavia, la de Burro; preparación de la de Séneca» (ibídem, pág. 585) o «la bella muerte de Othón» (ibídem, pág. 588). Pero también aprecia otros temas y tonos, como las *Cartas* de «Plinio el Mozo», lectura de paseo: «¡Qué gracioso estilo! ¡Qué amigable y tierna su correspondencia!» (oc, t. VII, pág. 424), y fuente para «ilustrar en el papel de *Espectáculos* el asunto de las romerías; pondrase otra nota sobre las máscaras» (ibídem, pág. 759).

Otro espacio notable lo ocupa la historia europea de su tiempo, interesado en entender el nuevo mundo surgido de la Revolución francesa a partir de textos legales recién promulgados o del análisis de los excesos producidos. Leyó los primeros con gran amplitud de miras, pues juzgó «admirable» (ibídem, pág. 488) la *Constitución francesa* del Directorio —que contenía la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano—, según había anticipado al comenzarla a finales de 1795: «Buenos ratos me esperan» (ibídem). Revisó con ojos profesionales el proyecto de Código civil redactado por Cambacérès para Napoleón, legislación que le pareció «casi consonante con la romana» (ibídem, pág. 571), pero criticó la Constitución bonapartina de 1800, en la que debió de advertir la deriva autoritaria: «¡Qué plasta!; no parará en bien» (oc, t. VIII, pág. 289). Destacó relatos sobre los realistas perseguidos: unas *Cartas inglesas sobre la Revolución* de una dama inglesa, «muy agradables» (oc, t. VII, pág. 31)²⁶ y la *Defensa de los emigrados* de Lally-Tollendal con «grandes trozos de elocuencia» (oc, t. VIII, pág. 268). Y llegó a conmoverse con la *Historia de la persecución del clero francés* del abate Barruel, que le envió su traductor Caveda, leída por Acebedo entre diciembre de 1794 y enero siguiente: «horrenda carnicería de los pobres sacerdotes encerrados en los Carmelitas el 2 de setiembre. El ánimo se oprime y angustia con tan espantosos horrores» (oc, t. VII, pág. 503); no obstante, no eludió considerar la validez del historiador, parte interesada, así como la adecuación de su método y estilo:

superior estilo, algunas veces declamatorio, porque la materia lo exige y muchas, más estudiado de lo que conviene a la narración histórica. Parece cuidadosamente seguida la verdad, aunque bien se descubre que el historiador pertenecía a uno de los dos

²⁶ Somoza y Clément atribuyen la autoría a Helen Maria Williams (véase oc, t. VII, pág. 30, n. 521). Le ocupan del 16 de octubre al 11 de diciembre de 1794.

grandes partidos que juegan en la historia. Alguna vez cansa la multiplicación de los hechos acumulados, y que podría excusarse, puesto que no se trata de la historia de los clérigos, sino del clero de Francia. Sin embargo, su causa es buena y la conducta de los adversarios tan ferozmente horrible e inhumana, no hay calificación que pueda parecer excesiva ni injusta [ibídem, pág. 505].

Igualmente, se informó de la actualidad contada por las gacetas españolas y europeas, preocupado por el momento de guerra y cambio político. Predominan las inglesas, que le garantizaban un punto de vista fiable sobre los avances militares franceses en 1794, las insurrecciones jacobinas durante el Directorio o la posición del Parlamento inglés sobre la paz en 1795, que resume con emoción:

horrible insurrección en París; los jacobinos triunfan por algunas horas y se apoderan del mando, decretan, amenazan; no pueden solidar su autoridad; la Convención vuelve a recobrar la suya; los vence y persigue. [...] debates todavía por la paz en el parlamento inglés. Fox truena, pero vence siempre Pitt [oc, t. VII, pág. 392].

Comparaba las noticias orales con las escritas y extraía conclusiones: «malas noticias del ejército de Navarra, retirado a Irurzun [...]»; esto hace más probable la noticia de ayer», que leyó el 13 julio de 1795 en el *Craftsman* (ibídem, pág. 394). Anotó hechos notables, como «la muerte del inocente Luis XVII, de escrófulas» (ibídem), la de la zarina y la caída de Robespierre. Extractó informaciones útiles; por ejemplo, sobre la población de Rusia. Y se entusiasmó con los discursos «bellos» de Pitt, Fox, Sheridan (ibídem, pág. 595) en el *Correo de Londres* o los del *Monitor*, que le llevó el cónsul de Francia: «excelentes discursos de Louvet contra la libertad de la imprenta; de Pastoret y Boissy d'Anglas, por ella, de 19 y 20 de marzo» (ibídem, pág. 529). Significativo de sus preferencias es que emprendiera la traducción de ese último, él que hubo de lidiar con la Inquisición, y que aprobase el informe del moderado Jean-Étienne Portalis sobre los delitos de imprenta: «tiene excelentes reflexiones y mucho juicio» (oc, t. VIII, pág. 65).

Se interesó por las reflexiones de viajeros británicos por Europa, como Joseph Townsend por España o Alexander Jardine en sus *Letters from Barbary, France, Spain, Portugal*, a quien criticó por poco ponderado: «trata a los franceses cruelmente en la definición de su carácter» (oc, t. VII, pág. 33). Pero Jovellanos, que no salió de su país, fue más allá con los libros de viajes exóticos, muestra del deseo de conocimiento y pasión por la aventura en una realidad lejana que empezaba a explorarse. El *Viaje de Egipto* de James Bruce, exitoso relato sobre el descubrimiento del nacimiento del Nilo, lo entretuvo durante más de cuatro meses, «siempre interesante» (ibídem, pág. 501), a pesar de los achaques: «breve lectura en Bruce. La cabeza se resiente, y empiezo a notar que la lectura la deseca y causa pervigilios» (ibídem, pág. 504). Apreciaba en él el suspense del

itinerario, combinado con aspectos documentales y prácticos —«ya dimos con las fuentes del Nilo; excelente historia de su curso y causas de su inundación» (ibídem, pág. 520)—; comentó sus opiniones arqueológicas sobre las pirámides, que compara con las de otros sabios europeos, y destacó algunos artículos «en extremo curiosos» (ibídem, pág. 532): la mirra, el *kohl*, la *brucea antidisentérica*, el rinoceronte... Su gran lectura, desde diciembre de 1796 al julio siguiente, fueron los famosos viajes del capitán Cook, cuya progresión por tomos fue anotando escuetamente en los *Diarios* para valorarla al final por la envergadura moral de su autor: «¡Qué hombre tan constante, tan humano, tan digno de fama pública!» (ibídem, pág. 758).²⁷

Sobre paisajes y épocas situaba las biografías de los grandes hombres antiguos o modernos: la *Vida del canciller Bacon* de David Mallot; la de Feijoo contenida en el *Teatro crítico universal*, que atribuye a Campomanes, «arrastrada y atropellada, como hecha de priesa» (ibídem, pág. 228), así como la del «buen don Antonio Ponz, por su sobrino» (ibídem, pág. 362). Leyó además piezas oratorias relacionadas con personajes admirables, atento a sus vidas, la erudición mostrada o la elocuencia del género: el elogio del conde de Gausa por Cabarrús con «excelentes notas» (ibídem, pág. 446), el del general Ricardos «tiene bellos trozos de fuego y entusiasmo» (ibídem, pág. 479), el de Antonio de Nebrija por el académico Juan Bautista Muñoz, «muy erudito, pero ni elocuencia ni brillo» (ibídem, pág. 617); y oraciones fúnebres, como la del Conde O'Reilly por el padre Manuel Gil y el *Sermón de honras de Llanes*: «Palabras y no más: no saca el orden, el partido que pudiera de las excelentes calidades de este generoso y honrado arzobispo; ni eleva ni enternece» (ibídem, pág. 434).

Literatura de creación

El concepto de «literatura» designaba en el siglo XVIII todo texto escrito, por lo que las obras de creación poseían un estatus similar a las demás. Jovellanos, aficionado a títulos franceses contemporáneos y clásicos españoles o escritos por sus conocidos, los leyó con la mirada del crítico, condicionado por su vasta experiencia lectora y su calidad de poeta y dramaturgo. Partía de un sistema de referencias que, para Jauss, se sustenta en la comprensión previa de los géneros, la forma y temática de obras ya conocidas.²⁸ Ejerció de maestro de sus amigos de Salamanca, en especial de Meléndez Valdés, *Batilo*, quien le envía la *Epístola*

²⁷ Lectura única algunos días, los alternó con un título colectivo de varios viajeros ingleses: Byron, Carteret, Wallis y de nuevo Cook (véase *oc.*, t. VII, pág. 637, n. 1040, y pág. 641, n. 1050, sobre las ediciones manejadas). Entre los viajes españoles, cita el *Diario* del capitán Giraladini y el *Viaje de Constantino* de Gabriel de Aristizábal.

²⁸ JAUSS, Hans Robert. El lector como instancia de una nueva historia de la literatura. En *Estética de la recepción*. Madrid: Arco Libros, 1987, pág. 76.

a la elevación del común amigo Llaguno, cuya «edición es bellísima, pero incorrecta su ortografía» (*oc.*, t. VI, pág. 547; la *Segunda elegía* «A Jovino» y *El filósofo en el campo*, «sublimes; menos cuidada que en otras la dicción poética» (ibídem, pág. 597); las *Anacreónticas*, y, antes de editarlas, las *Poesías* de 1797, dedicadas al príncipe de la Paz por sugerencia suya. También recibió las *Poesías* recién editadas de fray Diego Tadeo González, *Delio*, con «un gracioso *Elogio* de Lisenso, que es su editor; hay bellas cosas» (*oc.*, t. VII, pág. 541).²⁹ Según se ve, la poesía formaba parte de un intercambio de amistad y generaba diálogos poéticos, como la «bella *Epístola*» de «excelentes versos blancos» (ibídem, pág. 509) que le envió Moratín dedicada desde Roma, a la que correspondió con otra.³⁰ De su opinión sobre los versos enviados por José María de Merás, *el Ciego*, en marzo de 1796 se deduce que estimaba la imaginación, el gusto y la corrección estilística: «hay genio, bastante buena lección, falta de gusto», «buenas cosas, poca corrección, no siempre el mejor gusto» (ibídem, pág. 522). Durante su viaje a Cangas el octubre siguiente, entabló conversaciones literarias con él en la sociedad o «familia» formada en casa de los condes de Peñalba; ahí Jovino expuso su concepción de la escritura de versos líricos o dramáticos como un aprendizaje basado en la retórica, los buenos modelos y la crítica constructiva de obras concretas: «larga conversación sobre poesía; preceptos sobre estilo, dicción, número, armonía, explicaciones y ejemplos de todo sobre el *Pigmalión*, que peca, y con versos de fray Luis» (ibídem, pág. 609). De hecho, observa que Merás ha aprendido a versificar desde 1787, aunque corrija aún la inadecuación estilística de su tragedia *Bimariano*: «nos parece la versificación poco noble y poco acalorada» (ibídem, pág. 606).³¹

Los temas debían tratarse con gracia, como Vargas Ponce, de cuyos versos destaca «cosas muy graciosas» (ibídem, pág. 561), y el poema erótico «Silvia» de Arriaza: «Graciosa composición: todavía la dicción no es bien sostenida, ni el número bien armonioso; no es composición muy casta para el gusto de nuestra nación, aunque el deleite está expresado con toda la delicadeza posible» (ibídem, pág. 523). Supera, pues, el decoro literario y moral al uso y se muestra receptivo a la nueva sensibilidad que brindan poetas jóvenes como Cienfuegos, cuyas *Poesías líricas* lee en Trillo en 1798, edición reciente que adquiriría en Madrid, apenas abandonado: «sublimes, tiernas y anunciando grandes cosas de su genio» (*oc.*, t. VIII, pág. 227). Pero su opinión del panorama poético español es negativa,

²⁹ Jovino inició su relación con ellos en los años setenta a través de Miguel Miras, *Mireo*, contertulio de Olavide (CASO GONZÁLEZ, José Miguel. *Jovellanos*, o. cit., págs. 59-60).

³⁰ Aunque apuntó el 28 de enero de 1796 «quedará en proyecto como otras tantas cosas» (*oc.*, t. VII, pág. 510), el 9 de marzo siguiente: «Se concluye la *Carta a Moratín*» (ibídem, pág. 522).

³¹ De Merás apreció una «bella *Canción al nacimiento de su primogénito* y una igual égloga, titulada *Meriso*» (*oc.*, t. VII, pág. 589) y «una buena égloga» (ibídem, pág. 602) y respetó sus opiniones: «Conversación literaria con él: habla y piensa bien» (ibídem, pág. 587). Otro asturiano que le envió poemas fue Folgueras Sion: «buenas composiciones: primera, a la muerte de un amigo; segunda, contra la primavera, provocadora de la guerra» (*oc.*, t. VI, pág. 547).

ya que, al pedir a Vargas que quemase sus versos, apunta: «a vista de los que se hacen entre nosotros, pudieran hacer buena figura los míos» (*oc*, t. VII, pág. 50).

Jovellanos, en fin, buscaba la corrección retórica, la adecuación estilística y el dominio de la versificación aderezados con la gracia expositiva, según el ideal clásico que había aprendido en las obras de Catulo, Horacio, Virgilio, Petrarca. Faltan sus nombres entre los libros leídos en esta etapa vital, aunque reaparecen en forma de citas eruditas u ocasional libro de viaje, junto a los clásicos castellanos, tomados como modelo —fray Luis— o releídos: las *Églogas* de Garcilaso y algunos romances de Góngora, que extracta para el Instituto. Su canon de antiguos y modernos está ya configurado y lo afianza con lecturas filológicas: las *Memorias sobre nuestra poesía* de Sarmiento —que relee a finales de 1794 por tercera vez—, la *Poética* de Luzán y el *Discurso sobre la tragedia* de Pedro Estala, del que hace una reseña que sintetiza su concepción literaria neoclásica:

docto y lleno de buena erudición, pero su estilo seco, su crítica severa, sus opiniones paradójicas; combatiendo la ilusión, las unidades, viene a dar al fin en lo que se entiende por ellas y a quedar la cosa en cuestión de nombre; ilustra perfectamente el fin de la tragedia griega y su diferencia de la moderna; su traducción del *Edipo* fiel; pero el verso lánguido y sin belleza [*oc*, t. VII, pág. 524].

El teatro lo juzgaba en su dimensión escénica con finalidad didáctica, leído, recitado o representado. Así, difundió textos como el *Jonatás* de Saverio Bettinelli, «digno de traducir para los niños» (*ibidem*, pág. 541) en la versión de Caveda, «cosa de mérito y casi original» (*ibidem*, pág. 705), mejorando una primera de «buen lenguaje; los versos flojos, prosaicos [...], mal para la declamación» (*ibidem*, pág. 639). Revisó con el mismo fin diversas piezas de teatro francés en prosa, como la opereta cómica *Los saboyarditos*, que no le parece «acomodable a nuestra fiesta» (*ibidem*, pág. 434); el drama *Eugenia* de Beaumarchais, mal traducida por Ramón de la Cruz, «sin embargo, interesa en extremo. Será bueno que la ejecuten» (*ibidem*, pág. 451), y la tragedia *Jaira* —o *Zaire*— de Voltaire, que copió tras leerla. Ejerció además de mentor de Moratín, de quien recibió el manuscrito de *La mojigata*, leído en 1796 en la tertulia: «es bella; aún tiene que pulir y mejorar» (*ibidem*, pág. 552). No obstante, le parece «preciosísima» *La comedia nueva*, ya impresa. Jovellanos era, en fin, un miembro de la república de las letras, bien relacionado con los demás escritores, lector del *Semanario Erudito y Curioso de Salamanca*, conocedor de las novedades y las polémicas literarias dirimidas en las gacetas, como la que implicó a Forner con su amigo Vargas Ponce.³²

Leyó asimismo narraciones de ficción en busca de placer y de la corrección narrativa, que para él residía en la adecuación de la invención, disposición y

³² Véase su comentario al respecto en *oc*, t. VII, pág. 445.

elocución clásicas junto a un desarrollo novelístico moderno. Seguramente por ello dejó inacabada la *Galatea* de Cervantes pero releía el *Quijote* de vez en cuando y de forma episódica.³³ Tampoco le gustaron las *Memorias de la gitana Pepita la Ezcurripa* —o *Las brujas*—, inédito de Cándido María Trigueros de inspiración cervantina, errada en su estilo y concepción: «la invención ridícula, los caracteres mal definidos, los incidentes inverosímiles o extravagantes, y el estilo sin gracia, sin chiste, sin brillo, etc.» (*oc*, t. VIII, pág. 233). En cualquier caso, de todo libro malo se podía sacar algo bueno, como el tratamiento temático de este último «para desterrar las vanas creencias» (*ibidem*, pág. 232) o el lenguaje de la *Galatea*. Criticó la construcción del protagonista del *Gil Blas* de Lesage, aunque lo valoró por su gracia, igual que el *Espión chino* y el *Turco* —narraciones epistolares a la manera de las *Lettres persanes*— y el *Telémaco* citado, «¡obra divina!» (*oc*, t. VII, pág. 508), de la que le apasiona el nervio descriptivo: «su descenso a los infiernos, magnífica y horrible pintura» (*ibidem*, pág. 511). Y destacó la utilidad de las ediciones anotadas, como la *Estelle et Némorin* del exitoso Jean-Pierre Claris de Florian, que sitúa dentro de la tradición pastoril: «es una novela bien escrita: sus notas, muy eruditas; la última, sobre los trovadores y la gaya ciencia, útil para nuestra historia literaria; bien traducida, esta novela sería apreciable» (*oc*, t. VI, pág. 577).

La literatura debe estar disponible en traducciones adecuadas porque para el ilustrado Jovellanos es, además, una escuela de costumbres. Así, recordando la castellana existente, propone «emprender una nueva del *Telémaco*, y hacer más comunes y conocidas tan sublimes verdades» (*oc*, t. VII, pág. 513), o la de *Paul et Virginie* de Bernardin de Saint-Pierre, obra de 1787. Pero también prevé desarrollos literarios en los citados «espiones»: «Sus cartas y cuentos darían mucha materia graciosa para un *Diario*» (*ibidem*, pág. 19). Su programa para una cátedra de Enseñanza de Buenas Letras Castellanas, en el Instituto Asturiano, resulta revelador de su canon literario y del valor de la literatura para mejorar la competencia lingüística de los alumnos, a quienes regalaba libros:³⁴ ejercicios sobre el *Compendio del Nuevo y Viejo Testamento* del Semanario Patafino, el *Catecismo histórico* de Fleury o de Pouget y la Biblia traducida por Scío; y lecciones gramaticales basadas en fray Luis de Granada, el padre Mariana, Lanuza, Moncada, fray Luis de León, el obispo Balbuena, los Argensola y Fernando de Herrera. Un repertorio de textos religiosos y clásicos castellanos, al que sumó piezas teatrales para las funciones escolares, poemas contemporáneos comentados, como *La mañana* de Meléndez Valdés —que analizó él mismo para la clase—, o el recitado de este y fray Luis, «buenos modelos de poesía castellana» (*ibidem*, pág. 569). En la era burguesa la lectura formaba a

³³ Anotaciones del 18 de mayo de 1794, en que lee a su hermano «el entierro de Grisóstomo y la aventura de los yangüeses» (*oc*, t. VI, pág. 581), y del 18 de marzo de 1796.

³⁴ Premió a la nieta del conde de Peñalba en un certamen con *Las veladas de la quinta* de madame de Genlis y a Álvarez Valdés con los *Principios de matemáticas* de Bails.

la sociedad —observa Jauss—,³⁵ pero resultaba conflictiva para el poder por su capacidad de transformar las ideas establecidas, según pudo comprobar don Gaspar al serle denegada a la biblioteca del Instituto la licencia para libros prohibidos. El consejo del inquisidor Lorenzana de leer obras en castellano y evitar las corruptoras de jóvenes y maestros suscita su dolida ironía: «pero ¿serían los libros de física y mineralogía [...]?», un «monumento de barbarie» (ibídem, pág. 415) que anota en su diario, seguro de que la generación futura lo reprobará.

El Jovellanos adulto era, en fin, un lector asiduo de textos contemporáneos eruditos y de creación, junto a clásicos antiguos y modernos que releía. Su lectura era activa y crítica, libre de prejuicios, enciclopédica y extensiva. Sustentada en criterios racionalistas y filológicos, pretendía la utilidad burguesa: obtención de información unida al placer del buen estilo, es decir, el *utile dulce* horaciano destinado a la difusión de las luces. Para ello propugna la divulgación de lo escrito mediante estudios, traducciones, recreaciones literarias, representaciones... Su ideal vital se asociaba a la lectura en el espacio familiar y lo sintetizaba el erudito palentino Diego de Sierra, al que visitó en septiembre de 1791: «sujeto de mucha erudición, que vive como un filósofo, retirado, con trato de pocos amigos, leyendo mucho y pasándolo bien. Su librería es escogida» (OC, t. VI, pág. 251). Sus lecturas fueron su pasión y su condena, la del destierro que emprendió el 28 de marzo de 1801;³⁶ tres libros le confortaron al final de esa jornada: el *Kempis* —famoso tratado de ascética—, Cicerón —otro perseguido— y Ovidio.

Citas y comentarios sobre Jovellanos en el Spanish Journal de Elizabeth, lady Holland

JUAN JOSÉ GÓMIZ LEÓN

Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII

Relacionadas con la conmemoración del primer centenario de la muerte de don Gaspar vieron la luz, entre otras, dos importantes publicaciones: en España, íntimamente vinculada con el prócer asturiano, las *Cartas de Jovellanos y lord Vassall Holland sobre la guerra de la Independencia (1808-1811)*;¹ en Inglaterra, más con su tiempo político y las circunstancias de su época, los *Spanish Journal*² de los viajes por España que en compañía de su esposo realizó Elizabeth, lady Holland, en 1802-1805 y posteriormente en 1808-1809. Tras ambas publicaciones, el descendiente por línea colateral del matrimonio Holland, el sexto conde de Ilchester, Giles Stephen Holland-Fox Strangways (1874-1959), generosamente abrió las puertas del archivo de Holland House (las cuales su padre, lord Stavordale, mientras vivió, mantuvo firmemente candadas) a don Eduardo de Llanos Cifuentes, permitiéndole copiar aquellas cartas que el lord recibió de su corresponsal asturiano y que allí celosamente se conservaban, y el propio *earl*, que asumiendo las labores de transcriptor y editor dio a la imprenta aquellas anotaciones consignadas en sus diarios por su ilustre pariente viajera, si bien algunos «*details*» («detalles»),³ como advierte Ilchester a su lector en el prefacio, decidió omitir o abreviar cuanto le fue posible por no considerarlos importantes, intitulándolas globalmente en singular si bien son dos los viajes, y por consiguiente dos los «diarios» («*journals*») independientes, los que se contienen en un solo volumen.

Si el epistolario Jovellanos-Holland alcanzó difusión en España e inmediatamente se incorporó a la extensa bibliografía jovellanista, el *Spanish Journal* pasó en su momento casi desapercibido para los dieciochistas españoles, pues no se publicó en España. Excepto en selectas bibliotecas particulares, no se registra ejemplar alguno en la Biblioteca Nacional ni en las bibliotecas universi-

¹ SOMOZA DE MONTSORIÚ Y GARCÍA-SALA, Julio. *Cartas de Jovellanos y lord Vassall Holland sobre la guerra de la Independencia 1808-1811*, 2 vols. Madrid: Impr. de los hijos de Gómez Fuentenebro, 1911, 605 págs.

² HOLLAND, Elizabeth. *The Spanish Journal of Elizabeth Lady Holland*, ed. del conde de Ilchester. Londres: Longmans, Green and Co., 1910, XI + 437 págs.

³ Los manuscritos holografos de los diarios de lady Holland se conservan actualmente en la British Library, mss. 51930-51937.

³⁵ JAUSS, Hans Robert. El lector como instancia..., o. cit., pág. 75.

³⁶ El destierro mallorquín de Jovellanos tuvo su origen en una delación de 1800 a la Inquisición por sus lecturas novedosas, documento editado por Julio Somoza (véase SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel. Gaspar Melchor de Jovellanos, un paradigma..., o. cit., pág. 35, n. 1).